

2

Contenidos fundantes y elementos para construir-se

La construcción permanente y conjunta que implica LA BANDA LAVANDA se ha nutrido de diferentes vertientes teóricas, propias y de otras autorías. En este capítulo intentaré presentar los vínculos que unen *pensares* con *haceres*. Realmente no me resulta sencillo ya que son muchos años de ir haciendo tejido con las herramientas que me han alimentado en una constante transformación. Se trata de un proceso continuo de aprendizaje que voy volcando en enseñanzas, creaciones y síntesis para seguir armando este proyecto.



El feminismo

La estructura ideológica de este proyecto es la teoría y práctica feministas.

El feminismo o los feminismos, como los llamamos desde hace algunos años, tiene ya siglos de existencia con distintas variantes de pensamientos y formas de encarar la lucha contra el patriarcado. Por ser un movimiento de múltiples voces y extendido por Occidente y, desde hace un tiempo,

por Oriente, condensa diversas y complementarias definiciones de valiosas mujeres feministas.

Son muchísimas las feministas que han escrito y teorizado sobre temas relacionados con la opresión hacia las mujeres y otras muchísimas las que han dejado sus vidas en esta lucha.

Las feministas que lean este cuaderno no necesitarán que les cuente de los libros y/o autoras fundamentales del feminismo, pero para las que están descubriendo esta voz maravillosa les recomiendo un texto que traza un panorama general: *Los feminismos a través de la historia* de Ana de Miguel⁽¹⁾. Luego pueden comenzar a navegar por el vasto universo del legado feminista.

Para mí el feminismo es la posibilidad de cambiar el mundo a favor de las mujeres y niñas, y por el bien de toda la diversidad humana y viviente de este planeta.

Es una mirada que me acercó a mí misma y me habilitó en mi caminata por esta vida como mujer y como lesbiana, aliviando la presión psíquica con la que crecí.

Es la lucha contra el sistema patriarcal. Una instancia de repensarlo todo y cambiarlo todo.

Me alimenté en un principio con el feminismo radical, aunque enseñada aparecieron textos y libros de otras corrientes.

Creo que el gesto más revolucionario es cuestionar la estructura psíquica-emocional y física que se construye en nosotras: *la jaula de cristal* donde las mujeres nos movimos, autorregulamos y naturalizamos el mundo que habitamos cotidianamente, desde las relaciones de poder y el lenguaje que no nos nombra hasta las manifestaciones culturales que internalizamos

y que solidifican este sistema de opresiones de género y diversidad. Desde este anclaje feminista, me resulta fundamental retomar el concepto de empoderamiento en palabras de Marcela Lagarde y de los Ríos:

“El empoderamiento es un camino efectivo y sólido de las mujeres que conduce a la salida y la eliminación de sus cautiverios que las enajenan personalmente y como género. En ese camino encuentran un sinfín de obstáculos, impedimentos y hostilidad. Las dificultades vitales de las mujeres y la fragilidad política son atribuibles a los embates externos, a las dificultades emergentes, a la virulencia con que son tratadas quienes desafían al orden y avanzan personalmente o a través de sus movimientos y luchas. Los ataques, descalificación, calumnia, traición, falta de escucha o disminución hacen mella, dañan o debilitan a quien las recibe.

La fragilidad en las mujeres y los movimientos se debe, también, a los bajos rendimientos, las ganancias disminuidas y los malos beneficios obtenidos en comparación con la inversión vital, el esfuerzo, la energía, los aportes y los costos implicados. En ese camino, muchas mujeres se retraen, abandonan sus objetivos, se adaptan a condiciones inaceptables; muchas se resignan, alentadas por las más variadas ideologías del conformismo social y personal. Sufren una derrota vital. Las que persisten lo hacen sujetas a tensiones desgastantes, incluso las que se derivan de resolver sus conflictos, mejorar su situación vital, ser solidarias o participar civil y políticamente con pasión”⁽²⁾.

Empoderamiento expresivo

A partir de este análisis de Lagarde, comencé a tejer el concepto de empoderamiento expresivo para aplicarlo y desarrollarlo en LA

(1) De Miguel, Ana. *Los feminismos a través de la historia*. Creatividad Feminista. Edición virtual realizada por Demófilo, agosto de 2011. En: <http://omegalfa.es/autores.php?letra=&pagina=4#>

(2) Lagarde y de los Ríos, Marcela. *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*. México, Instituto de las Mujeres, 2012; capítulo El empoderamiento y el poderío de las mujeres, página 130.

BANDA LAVANDA.

Considero que el empoderamiento expresivo restaura la existencia perdida. Es la recuperación de las capacidades de existencia y presencia que son coartadas o vedadas por opresión de género. Las mujeres nacemos con potencialidades que luego el sistema patriarcal va moldeando, encorsetando y desmantelando a fin de crear el modelo hegemónico de la mujer.

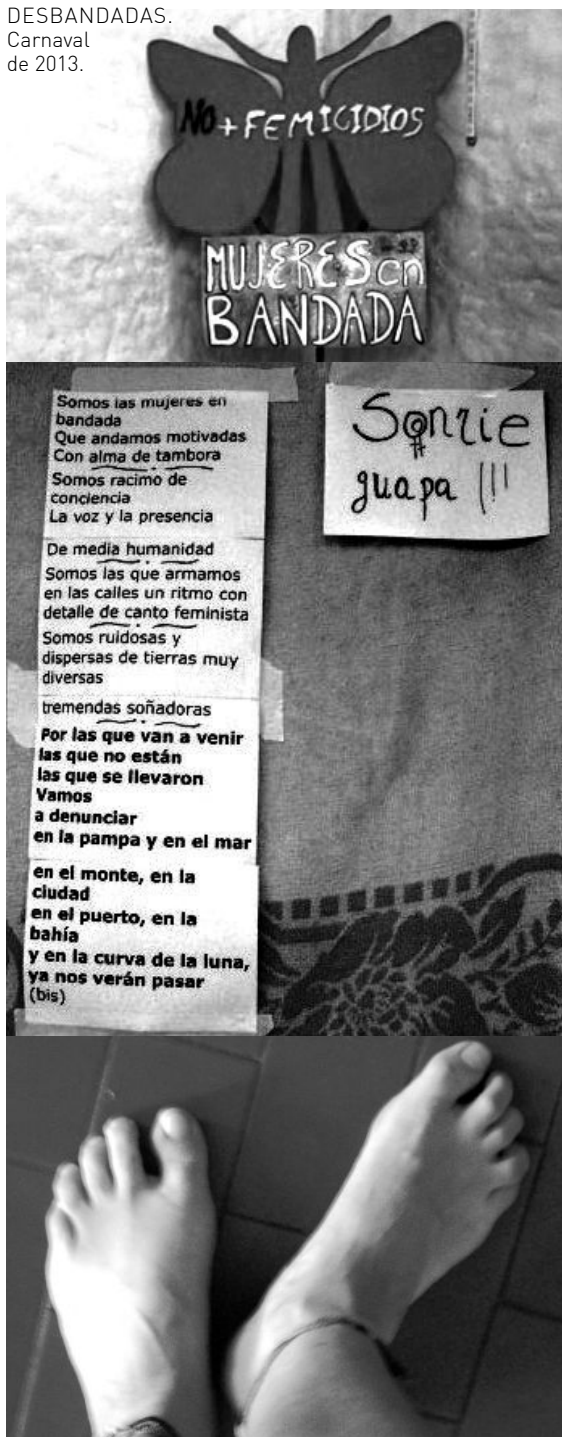
El patriarcado instala desde el nacimiento de una hembra humana un corsé cultural, un género femenino instaurado con carácter hegemónico que rápidamente comienza a modelar el cuerpo y la mente de las niñas con zonas de debilitamiento y vulnerabilidad. Estas consecuencias negativas son producto de las condiciones socioculturales opresivas y arbitrarias en pos de un único modelo patriarcal del ser mujer.

En este marco, lo que denomino empoderamiento expresivo busca, a través de metodología, técnicas, ejercicios y reflexión, la reconstrucción de cuerpo, mente y voz, de modo de que cada mujer pueda desarrollar sus posibilidades de energía extraordinaria en distintas formas artísticas. Dentro de esas formas incluyo la voz, los instrumentos de percusión, la escritura de textos y los movimientos escénicos, ya que todos ellos son, en definitiva, el reflejo de su existencia y una proyección que se suma a la de otras compañeras.

Aliada y productora del empoderamiento individual y grupal de las mujeres que realizan esta experiencia, esta construcción es el sostén y el espacio de visibilización y presencia del colectivo, amplifica sus voces y refracta su existencia

DESBANDADAS.

Carnaval de 2013.



en busca del empoderamiento cultural.

Intento de este modo generar espacios de trabajo individual con perspectiva grupal hacia una experiencia común de empoderamiento con fines de expresión artística-musical, que da lugar así a manifestaciones, denuncias, visibilizaciones, llamadas de atención, etcétera, desde un marco artístico. Tengo la convicción de que el colectivo de las mujeres necesita de todas estas expresiones para luchar contra las históricas opresiones de género.

Este proyecto parte de las capacidades individuales de cada participante y de su unión con las capacidades del resto: hacer sonar un tambor –una más de las tantas acciones tradicionalmente vedadas a las mujeres– obteniendo una voz unificada del grupo devuelve al momento una energía extraordinaria a cada integrante de esta experiencia. Así, se produce en grados distintos según cada mujer una restauración de la presencia y existencia perdidas, devastadas por la opresión de género, la falta de movilidad en el sistema dominante de relaciones humanas y la cultura patriarcal.

En esta experiencia se dejan de lado el virtuosismo y las jerarquías para que cada mujer tome un rol que se va dando naturalmente a través de los tambores, el ritmo, las voces y los movimientos de bloque del grupo. De esta forma, se va generando en las participantes confianza y complicidad inmediatas.

Los contenidos propios –conceptos, ritmos y canciones– del proyecto están especialmente planteados para internalizar y desarrollar el empoderamiento expresivo a través de los tambores,

las voces y los movimientos en bloque de las mujeres, sin descartar otras herramientas expresivas (solo voces, escritura de canciones, percusión corporal, etcétera). Porque lo más importante es la rearmadura de cada mujer en esta experiencia y la autoconcientización del valor de su presencia y su decir en todos los rincones públicos donde se sostiene y refuerza la cultura machista. Hablo, entonces, de un cambio de mirada del mundo que abandona el consentimiento a la cultura patriarcal; hablo de una contravoz permanente, que primero vuelve a sí misma para saber qué desea decir y luego hace surco en la tierra del patriarca.

Esta contracultura genera una nueva expresión para las mujeres y también para las personas con existencias y presencias diversas.

Música maestra

Quisiera compartir con ustedes estas reflexiones que tienen ya algunos años, pero que vienen a cuento...

Las mujeres hemos hecho música desde siempre, desde los inicios de la combinación de los sonidos. De diversas maneras hemos construido un mapa que aún hoy sigue sin corporizarse en su real dimensión. Adentrarse en el rescate de esta geografía es entender los mecanismos de invisibilización de la producción musical de las mujeres: la ausencia de nuestras voces y, por tanto, la construcción de un imaginario social arbitrario a través de este vehículo de expresión tan poderoso.

Las mujeres hemos nacido y crecido con el mundo, hemos *evolucionado* con el sistema imperante y hemos atravesado todo el patriar-

cado con nuestros cantos silenciados. Hemos intervenido la cultura... Pero algo pasó.

En la medida en que la humanidad se comunicó y se desarrolló en el lenguaje y en las artes, se fueron acallando los primeros cantos del mundo, muchos de ellos creados por las mujeres porque, como dice una amiga, todas las mujeres cantan ya que cantar es uno de los gestos más espontáneos de la condición humana.

Y las mujeres han utilizado su voz para manifestar sus *sentires* más diversos. Ahí es cuando comenzaron a *hacer música*. La soledad geográfica y de la otra; los miedos a la noche, a los animales, a las tempestades, a los malos vientos y las aguas bravas; los rituales a sus dioses/as; la comunicación con su cría y para aliviar los duros trabajos cotidianos fueron sus fuentes de inspiración. Les era tan natural improvisar un canto como hablar. Podemos decir que formaba parte de la comunicación cotidiana y las ayudaba a sobrellevar sus días.

Claro que esta producción doméstica no siguió el curso de los acontecimientos del progreso del planeta y fue quedando reducida a cantos elementales y anónimos. Borrada la matriz, todo pasó a ser patrimonio del hombre⁽³⁾.

La música evolucionó en cada región con sus características propias y muchas veces ajenas, debido a las innumerables barbaries ejecutadas por los poderosos de turno –genocidios, invasiones y colonizaciones padecidas por las civilizaciones originarias de América, África, Australia, etcétera–. Se instauró la música de la Europa actual como la gran música, la de mayor desarrollo intelectual, exqui-

sito virtuosismo y narradora de los grandes temas de la humanidad, dejando sentadas las bases de la estética musical, obviamente blanca, occidental y eclesiástica, y la existencia de la música culta, que no desmerezco sino que cuestiono en tanto el único modelo a seguir. Los varones de los pueblos dominantes impregnaron la historia oficial del mundo con sus obras y sus autorías reconocidas.

En el continente americano, el folclore de los pueblos –entiéndase, producción anónima, espontánea y mestiza– pasó a ser proyección folclórica, que es el denominado folclore de autor⁽³⁾. La música popular se desarrolló apoyada en sus grandes creadores⁽³⁾ y algunas mujeres *metieron la cuchara* como pudieron: con seudónimos de varones algunas veces, sin firmar sus obras otras o simplemente haciendo lo que mejor les sentaba: cantar la obra de los creadores.

El asunto es que en esta pérdida de voz propia de las mujeres se produjo la brutal reafirmación del discurso hétero-patriarcal en la música de los pueblos y una melodía ajena y misógina comenzó a cantar... nos.

La búsqueda, recopilación y visibilización de las voces de mujeres, la concientización y estimulación a la producción de la propia canción, la construcción de espacios reflexivos y creativos como herramienta de expresión, empoderamiento y gesto político son algunos de los caminos y experiencias de trabajo en busca de una partitura de género que nos dé la posibilidad de transformar la historia del colectivo de mujeres.

(3) Estas denominaciones *universales* no incluyen a las mujeres.

Herramientas musicales y de las artes escénicas

La música es un vehículo de transmisión veloz y una construcción de cultura, además de generadora de bienestar en quienes atraviesan la experiencia de *hacerla*. Este proyecto de expresión artística apoyado en la música y basado en pensamiento y práctica feministas pretende desarrollar herramientas básicas a través de distintos instrumentos como la voz hablada y cantada, la creación de cantos/canciones, la ejecución de tambores en ensambles rítmicos, los movimientos escénicos de bloque callejero y la experiencia de formar una banda de percusiones, voces y movimientos, cuyo objetivo principal es reflejar las situaciones de opresión que el colectivo de las mujeres vive en este mundo simplemente por el hecho de serlo.

Lenguaje musical. Mi mayor desafío en este proyecto es enseñar en forma rápida y dinámica este lenguaje a mujeres que no tienen ningún conocimiento previo e incluso transmitirlo a las que sí lo poseen, de modo de conjugar sus expresiones musicales de percusión en tambores livianos con baquetas, canto y canciones. La técnica que desarrollo está cimentada en el método de audioperceptiva de la gran pedagoga musical argentina María del Carmen Aguilar⁽⁴⁾, quien, entre otros aciertos, utiliza el lenguaje verbal para enseñar a percibir lo que es una frase rítmica y/o melódica con sus acentos, silencios y compases.

Así, a través de la palabra y de frases con sentido, el aprendizaje se hace fluido y comprensible, y logramos ordenar nuestra tierra para salir a volar con los tambores y los cantos.

Presencia escénica, postura y enraizamiento. He incorporado de manera sencilla nociones recreadas del método Tadashi Suzuki⁽⁵⁾ – que dio una vuelta total y definitiva a mi trabajo artístico–, ejercicios rescatados del teatro antropológico de Eugenio Barba⁽⁶⁾ y los conceptos de energía extraordinaria o extracotidiana que aprendí a través de la pedagoga, actriz y directora Ana Woolf⁽⁷⁾ y de la *performer* y artista de danza Carolina de Luca⁽⁸⁾, combinándolos con ejercicios rítmicos con y sin tambor, y ejercicios vocales de la técnica que tuve la suerte de vivenciar con la profesora de canto Marta Said.



LA BANDA LAVANDA, donde construimos empoderamiento de cuerpo, mente y emociones



Con estas herramientas fundamos la trama de LA BANDA LAVANDA, donde construimos empoderamiento de cuerpo, mente y emociones, y logramos expresar arte feminista.

Estas vertientes fueron tejiéndose lentamente en una investigación propia cuya búsqueda fue –y sigue siendo– encontrar la manera de percibir con todo el cuerpo los universos rítmicos –estructuras llamadas compases en el lenguaje musical tradicional–, de recuperar la postura, la respiración y la voz como parte de un todo (cuerpo), de sumarle al cuerpo una membrana vibradora (tambor) que refracte nuestra voz y nuestra presencia individual como parte de un grupo con sus movimientos de bloque y de mover ese bloque energético con sultura, arte y alta representación.

(4) https://es.wikipedia.org/wiki/María_del_Carmen_Aguilar

(5) https://en.wikipedia.org/wiki/Tadashi_Suzuki

(6) http://tactuacion.blogspot.com.ar/2011/11/eugenio-barba_8600.html

(7) <http://www.alternativa-teatral.com/persona1548-ana-woolf>

(8) <http://www.alternativa-teatral.com/persona19841-carolina-de-luca>

Nuestro cuerpo

Cuando pensamos el empoderamiento expresivo como una forma de restaurar la existencia perdida, el cuerpo se vuelve un significante de relevante valor.

Las mujeres, por biología y por sentencia cultural, ocupamos menos espacio físico en el mundo. Más allá de que podemos llegar a tener cuerpos más pequeños que los varones, la realidad es que desde el nacimiento nos enseñan a arrinconarnos. Se arma un concepto de pequeñez, dependencia e indefensión en lo psíquico que opera como una caja de cristal: no se ve pero se siente... Y finalmente esa caja se transforma en el mundo. La ocupación del espacio será, en el mejor de los casos, puertas adentro, en el ámbito privado, donde muchas podrán *reinar* en una servidumbre y sostenimiento permanente de la familia, cuidadoras del núcleo patriarcal que nos tiene como regentas y reproductoras del sistema.

Nuestro cuerpo es nuestra casa más segura –o al menos debería ser así– si no fuera porque sabemos que los cuerpos de mujeres y niñas son territorio del poder patriarcal para ejercer sobre ellos todas las aberraciones posibles. Pero es a través del cuerpo como logramos nuestra presencia y re-fractamos nuestra existencia en el mundo. El cuerpo debe construir, recordar, buscar y recrear otras maneras de ser. Debe estar fuera de lo establecido para ocupar un espacio mayor, para absorber más oxígeno, para descargar más peso sobre la tierra, para relajar los músculos y las estructuras óseas impostadas, para encontrar la voz en contenido y forma, para colocar la mirada en una misma y

luego proyectarla en el afuera con la presencia deseada. Este cuerpo empoderado resguardará y acompañará mente y creatividad para construir-se en una expresión sonora que cuestione todos los pilares y rincones de la cultura hegemónica patriarcal.

Los pies. Lo primero que perdemos, físicamente hablando, es la postura, ya que las exigencias del mundo moderno y competitivo despedazan los cuerpos humanos en general, pero en el caso de las mujeres se suma el concepto controlador y opresivo del *ser femenina*. Necesitamos una presencia, un estar de pie que involucre todas las zonas del cuerpo en equilibrio, delicada tensión y alta comodidad –qué ajena para las mujeres es la palabra *comodidad*–. Para ello, es importante comenzar desde los pies, que son los organizadores del cuerpo, nuestro anclaje, nuestro *hacer tierra* para poder luego armar el vuelo propio. Nuestros pies, siempre juntos, son protagonistas de nuestros pasos y de nuestras decisiones. Los pies, que por cultura no se apartan demasiado uno del otro para *proteger* la abertura de las piernas –lo cual nos produce tanta fragilidad postural–, deberán separarse hasta el ancho de nuestros hombros con rodillas al frente y con una leve flexión para amortiguar los impactos y proteger la estabilidad.

La respiración. Seguimos hacia arriba y nos encontramos con lo que denominaré punto de apoyo: cinco centímetros debajo del ombligo está el segundo chakra. Transcribo aquí una buena definición de este centro de energía: *“El segundo chakra, también llamado*

chakra sacral, hare (japonés) o tan tien (chino), se encuentra unos tres a cinco centímetros por debajo del ombligo. Está asociado con los riñones, las glándulas adrenales, el intestino bajo y los órganos reproductores.

Actúa en los campos de la reproducción, la creatividad, la sexualidad y las relaciones con otras. También es nuestro depósito de combustible energético, donde almacenamos la energía que empleamos en nuestro día a día.

Es un chakra de suma importancia para nuestra vitalidad. De hecho, la frase japonesa Hare kiri, que consiste en el suicidio ritual, significa matar la energía vital y se lleva a cabo hundiendo una espada en este chakra, provocando la muerte inmediata.

En Occidente, la energía del chakra sacral a menudo es confundida y malinterpretada, ya que no solemos entender la relación entre la creatividad, nuestra fuerza vital y nuestra sexualidad.

Un chakra sacral que funciona bien nos proporciona muchas ganas de vivir, una fuerza vital activa, una sexualidad libre de tabúes y complejos, y una gran capacidad creativa.

Cuando se tienen problemas, se dice que ahí reside nuestro yo oculto, donde se almacenan sentimientos de culpabilidad y humillación, además de la ira no expresada.

El chakra sacral resuena con la nota re y su color es naranja⁽⁹⁾.

Conscientes de este centro de energía, rearmaremos la respiración. Las mujeres, culturalmente, respiramos tratando de no hacer ruido, como en puntitas de pie, sin sacar panza ni bajar los hombros, que solemos llevar encogidos por años y vidas enteras. Respiramos arriba, o sea, en el pecho, donde se depositan las angustias y los temores. Respiramos sin resto, con lo justo para la supervivencia del momento. Desde que nacemos, y



¡¡ los pies de los reyes y la mirada !!



gracias al corsé cultural, nos enseñan a respirar femeninamente, es decir, con la mitad superior de los pulmones.

Respirar con toda nuestra capacidad pulmonar es respirar para nosotras, para vivir, y no para sobrevivir. Debemos re-aprender a respirar con todo el cuerpo, oxigenarnos y oxigenar nuestros espacios.

La voz. Nuestra voz es nuestro más profundo reflejo. Nuestra voz somos nosotras mismas.

(9) Curtin, John. Manual completo de los chakras. En línea: <http://www.sanacionysalud.com/chakras.pdf>; página 8

Pero he aquí otro de los puntos de pérdida sonora-cultural que acarreamos las mujeres. La voz es una manifestación humana que para con las mujeres se da de manera un tanto compleja. Por un lado, en el ámbito de lo privado y lejos de las miradas de los varones, a menudo las mujeres hablamos sin parar, como para reordenar, resignificar y darnos existencia. Luego, ante la presencia de los hombres, nuestra voz se diluye en las pequeñeces cotidianas y pocas veces irrumpe en lo público. Si bien en estos tiempos muchas mujeres hablamos en espacios públicos y nos desarrollamos con soltura y eficiencia, la realidad es que la mayoría no tiene voz propia. Porque seguimos sin hablar desde nosotras, en concordancia con la lengua patriarcal, y eso no genera cambio sino robustece la enajenación: continuamos buscando la aceptación del sistema. Entonces, para las mujeres en esta cultura es muy difícil decir *no*.

La disolución de nuestra voz está unida a la respiración deficiente, a la postura endeble y a los pies juntos que ocupan solo una baldosa. En este camino de rearmadura, nuestra laringe nos dará la posibilidad de fonar y resonar. Podremos contar con este instrumento maravilloso que es nuestra voz para cantar o para hablar, para gritar también, para expresarnos siempre.

La mirada.

"Empezar a ver es a veces comprender que nunca se ha visto nada y otra es sospechar la traición de la mirada"^[10].

Las mujeres solemos ver mucho más de lo que nos atrevemos a reconocer, a veces tardíamente,

ya que *mirar* (para ver) es un gesto otorgado a los varones por cultura machista. Las niñas y las mujeres en muchísimos casos pasamos gran parte de nuestras vidas mirando hacia abajo. Sostener la mirada es de hombres, de machos valientes o de putas atorrantas, pero no de mujeres decentes.

La mirada es una de las conexiones con el afuera, con lo público. Nos devuelve la existencia y nos otorga presencia. Ver es la posibilidad de elegir y de decidir. Claro, a veces resultar difícil mirar. Es inquietante y también desequilibrante, ya que nos enfrenta a un mundo que no nos refleja o nos devuelve una imagen que distorsiona nuestras vidas. Pero cuando *empezamos a ver* ya no hay marcha atrás posible... Cuando una mujer abre su mirada o, mejor dicho, sincera su mirada, todo cambia en su interior y, más allá de que pueda o no comenzar la vuelta a sí misma, seguirá caminando su vida con *otros ojos* aunque a veces se le nuble la vista o caigan sus párpados.

Reconstituir la mirada, entonces, es un trabajo permanente, diario, que completa la reconstrucción de nuestro cuerpo expresivo.

Siempre digo que este trabajo es de abajo (pies-base-enraizamiento) hacia arriba (voz-mirada) y desde adentro (lo más profundo e íntimo de nuestra vida) hacia afuera (nuestra intervención en las calles).



[10] Csörnyei, Claudia (letra) / Palumbo, Silvia (música). *Revelaciones* (1990). Canción editada en *Criaturas del sur*, 2009.

Tambores

Estos instrumentos son poderosos por sí mismos, y mucho más en manos de mujeres empoderadas. El tambor resuena siempre cerca de nuestro punto de apoyo, ese centro de energía creativa y vital (segundo chakra). Es decir, el sonido del tambor nos alimenta, nos equilibra la energía y nos devuelve a nuestro eje si aceptamos percudirlo durante un buen rato hasta que se produzca la fusión entre el tambor y nosotras. Es entonces cuando rompemos la construcción cultural misógina de tambor-macho y nos apropiamos de la energía vibracional que tienen estos instrumentos para refractar nuestra voz feminista.

La prolongación de nuestra voz (decir) es el sonido, la vibración y la resonancia del tambor que llevamos colgado en la cintura.

Los tambores que utilizamos son similares a los de los bloques brasileños –batucadas, comparsas, escuelas de samba–, que se han extendido con algunos de sus ritmos clásicos del carnaval de Río de Janeiro y Bahía por casi toda América y parte de Europa. Livianos y accesibles económicamente –factor importantísimo–, si bien grandes, son muy fáciles de transportar y su mantenimiento es mínimo.



Surdo. En portugués quiere decir sordo, porque en el lugar donde se ejecutan se escucha relativamente menos que los agudos, aunque tienen la magia de percibirse desde muy lejos. Su sonido es grave.

Los surdos llevan la base del ritmo. Son los más grandes, tienen una membrana mayor y producen mayores vibraciones en el cuerpo y en el ambiente. Si hacemos una comparación con los roles de una orquesta tradicional, tendría la función del bajo o contrabajo. El casco puede ser de madera o metal –prefiero lo primero porque otorga una sonoridad más profunda y cálida– y por lo general tienen un solo parche, pero puede haber de doble tensión (parche abajo). Los hay de distintos tamaños: desde doce a veinticuatro pulgadas. Se ejecutan a dos mazas o a mano y maza.

Lo denomino *tambor tierra*, ya que es el que enraiza el ritmo y en su conjunto sostiene al resto. Acotación: en las bandas tradicionales o llamadas también batucadas, cuando las mujeres ejecutan algunos de los tambo-

res, por lo general tocan surdos. Es decir, son las sostenedoras de la banda, mientras que los otros tambores tienen otras funciones, como levantar energía, desbordar o amalgamar el ensamble, y se lucen más.

Redoblante o caja. Este tambor es el más conocido, ya que es utilizado en las baterías modernas que empezaron siendo armadas y usadas por las formaciones de jazz. Su origen es mucho más antiguo, con presencia en guerras y celebraciones religiosas en Europa y América. También es usado en los cuerpos militares, en las murgas, etcétera.

Es de sonido medio tirando a agudo. Suena fuerte y de manera sostenida, se escucha adentro y afuera de la banda, y amalgama el ensamble. Por lo general son de metal, pero pueden tener cuerpo de madera. Poseen una bordona (hilos de alambre fino retorcido) en el parche de abajo (bordonero) para producir la prolongación del sonido tan característica de este tambor. Con respecto a los roles de una orquesta tradicional, sería

un instrumento armónico (piano o guitarra), ya que sirve para acompañar, adornar y ensamblar los otros instrumentos. Los hay de varios tamaños, pero los más comunes son de doce, catorce y quince pulgadas. Se ejecuta con dos baquetas (palillos).

Lo llamo *tambor agua* (mar o río) porque siempre está sonando, vibra todo el tiempo y se filtra entre cada fusión rítmica armando la mezcla perfecta.

Repique, repenique o repicante.

Tambor de sonido agudo y seco, cilíndrico, puede ser de metal o madera en tamaños que van generalmente de ocho a doce pulgadas. Nacido en las formaciones brasileñas de percusión, es estridente, cantarín y desbordante. Se toca con dos baquetas o con mano y baqueta. Su rol es similar a las voces humanas o instrumentos melódicos (trompeta, flauta, saxo) de una orquesta tradicional.

Lo nombro *tambor fuego-aire*, porque es el que desborda rítmicamente y mueve la energía de la banda.

Figuras de bloque

En los entrenamientos realizamos formaciones de grupo que sostenemos en las exposiciones públicas. Son figuras conocidas y utilizadas por bandas, coros, grupos de performance, etcétera. En este caso, las usamos con tambores y las mezclamos con otros recursos escénicos.



Círculo. Es la base de todo nuestro trabajo. El círculo es el continuum: transmite, alimenta, recicla y cierra la construcción energética para luego abrirnos al mundo.

Medialuna. Figura para mostrarnos en conexión entre nosotras. Sirve para enmarcar actividades que queramos acompañar: discursos, escenas de canto, teatro, poesía, etcétera.

Bloque. Armadura de banda para marchar. Se trata de cuatro, cinco o la cantidad de hileras que se necesiten de acuerdo al número de tambores. Comúnmente las repicas van en la primera hilera, luego las redoblantas y cerrando las surdas, pero cuando la banda tiene más experiencia es mejor mezclar las cuerdas (conjunto de tambores) por zonas para darles más apertura a los distintos timbres y frases rítmicas.

Calle. Armado de dos filas enfrentadas que conforman un espacio que denominamos calle del empoderamiento. La utilizamos para integrar a la gente –es-



Colores

Este proyecto tiene colores propios, buscados, pensados y connotados de significado.

Violeta. Si bien hay varias versiones sobre el origen de este color como representativo del movimiento feminista y lesbofeminista, elijo la historia que desde mis comienzos me acompañó. El 8 de marzo de 1908 las obreras de la fábrica Cotton de Nueva York estaban en huelga en reclamo de trabajo digno y mejor remunerado. El dueño provocó un incendio donde murieron 129 mujeres. Mientras el edificio estaba en llamas, las obreras arrojaban telas violetas desde las ventanas quizá con la esperanza de bajar por ellas, quizá como último gesto de lucha. El feminismo toma esta historia con sus variantes y se apropia del color violeta, también denominado lavanda, púrpura o morado en algunos países.

pecialmente las mujeres– que caminan por esa calle y para hacer trabajos entre las tamboras de conducción en duplas de las distintas cuerdas de tambores.

Racimo (de conciencia). Grupos pequeños en forma irregular, un *montoncito* de tamboras que contiene todas las cuerdas de la banda. Se arman para avanzar sobre algún espacio hostil y/o pequeño.

Estatua. Está asociada a un silencio musical. Es un *stop* en quietud total marcando una forma determinada con el cuerpo. Se arman figuras con la sumatoria de estatuas para expresar algo puntual.

Flores en el campo (prado, prau). Es una concentración de tamboras que tocan en un punto hasta ocupar todos los espacios. A una marcación, salen *explotadas*, es decir, con alta energía hacia fuera de ese punto con movimientos sobre su eje y hacia afuera para ir a ocupar la mayor cantidad de espacio posible. Es para tomar los espacios y mezclarse entre la gente.



TAMBORAS DEL VIENTO. General Pico, provincia de La Pampa. Noviembre de 2014.

Anaranjado. Es el fuego de nuestra vida, el calor que nos acompaña para seguir resonando con nuestro canto feminista. Hace un tiempo me enteré de que este color está asociado al segundo chakra, que es nuestro punto fundamental de apoyo.

Blanco. El color de la luna –mi historia de activista nace con el grupo de lesbianas feministas Las Lunas y Las Otras– es muy eficaz para llamar la atención e impactar en la calle y en la noche.

En síntesis, una mancha blanca y violeta con el fuego encendido.

Vestuario

La ropa que vestimos siempre habla por nosotras, cuenta algo, a veces sutilmente y otras en forma clara y contundente.

Por eso, este proyecto lleva ropaje. Un vestuario para completar la idea de alta presencia, para llamar la atención desde lejos y para dejar una postal impresa en quienes nos ven, así como quedarán sonando los estribillos en el silencio de cada conciencia cuando se acallen nuestros tambores y voces.

Reconozco que hay cierta resistencia a *uniformarse*, ¡pero ese es un error! Nuestra vestimenta es como el tambor, una prolongación de nuestro cuerpo expresivo. Es una ceremonia personal que cada una armará como más le guste. Sirve de soporte y aporta al empoderamiento personal y del cuerpo-banda.

